



LEWIS CARROLL

Alicia en el País de las maravillas

Versión de BEATRIZ ACTIS



azulejos

Ilustraciones de DIEGO MOSCATO

Alicia en el País de las maravillas

Lewis Carroll
Versión de Beatriz Actis

ILUSTRACIONES
DE DIEGO MOSCATO

Editora de la Colección: Karina Echevarría
Editora: Pilar Muñoz Lascano
Traducción y adaptación: Beatriz Actis
Autora de secciones especiales: Pilar Muñoz Lascano
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Ilustraciones: Diego Moscato
Diagramación: Laura Barrios
Diseño de tapa: Ana Sanchez
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Título original: *Alice's Adventures in Wonderland*

Carroll, Lewis
Alicia en el País de las maravillas / Lewis Carroll; adaptado por Beatriz Actis; ilustrado por Diego Moscato. - 1a ed. - Boulogne: Estrada, 2015.
128 p.: il. ; 19x14 cm. - (Azulejos. Naranja; 59)

ISBN 978-950-01-1722-7

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Actis, Beatriz, adapt. II. Moscato, Diego, ilus. III. Título
CDD 823



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

59

© Editorial Estrada S. A., 2015.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1722-7

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



BIO- GRAFÍA



Charles Lutwidge Dodgson (más conocido por su pseudónimo literario: Lewis Carroll) nació el 27 de enero de 1832 en Daresbury, Inglaterra. Fue el primer hijo varón de un clérigo y creció en una familia numerosa de clase media, en plena época victoriana. Asistió a la escuela de Richmond, y en 1851 ingresó a Christ Church, Universidad de Oxford. En 1855 obtuvo un puesto de profesor de Matemática y allí se quedó por el resto de su vida.

Vivió en Oxford con una vida social normal para un hombre de su clase, apuntalada por costumbres rígidas y pasatiempos peculiares. Coleccionaba cajas de música y lapiceras; clasificaba y archivaba cuidadosamente todas las cartas que escribía y recibía; llevaba un registro de todas las cenas a las que asistía en el que incluía el menú y la distribución de los comensales. Entre sus principales intereses estaban los juegos y las reglas de los juegos, y el tiempo y los relojes. Los juegos lógicos, los acertijos, las adivinanzas y los juegos con el lenguaje eran sus favoritos; esto queda bien demostrado en su obra.

Algunos de sus títulos, además de *Alicia en el País de las maravillas* (1865), son: *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí* (1871), *La caza del Snark* (1876), *Alicia para los pequeños* (1889).

Dodgson murió el 14 de enero de 1898 en The Chesnuts, condado de Guilford.

Las aventuras de un libro

Para Dodgson, las niñas eran la esencia de lo romántico y un permanente recuerdo de la infancia, de ahí que disfrutara compartir su tiempo con ellas. En 1856 llegó a Christ Church un nuevo decano, Henry Liddell. Charles entabló amistad con las hijas, especialmente con Alice; y era frecuente que las llevara de paseo por los jardines y el río, conversara con ellas, les inventara historias y acertijos.

Según su diario, el 4 de julio de 1862, durante una de estas excursiones de la que participaban las hermanas Liddell (Lorina, Alice y Edith) y su amigo el reverendo Duckworth, para entretener a las niñas Carroll contó las aventuras de Alicia en el mundo subterráneo. Las jovencitas se entusiasmaron con la narración improvisada y Alice le pidió que le escribiera esa historia. Carroll escribió e ilustró el manuscrito que tituló *Las aventuras subterráneas de Alicia* (*Alice's Adventures Under Ground*) y se lo regaló en la Navidad siguiente.

Este manuscrito despertó tanto interés en los lectores que tres años más tarde, en 1865, Dodgson le llevó el libro al editor de Macmillan. La obra se publicó con el título *Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas* (*Alice's Adventures in Wonderland*) y las ilustraciones pertenecían a Sir John Tenniel, quien en varias imágenes se basó en los dibujos de Carroll.

Desde entonces *Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas* ha sido traducida a muchos idiomas; fue publicada en versión

íntegra y en adaptaciones para lectores de diversas edades; ha contado con las ilustraciones de los más reconocidos ilustradores de la literatura infantil; fue llevada al cine, la ópera y el ballet; y ha inspirado cuadros, esculturas y otros textos literarios.

En la madriguera del Conejo

El estilo de Carroll es único y maravilloso, y mucho se ha dicho al respecto. En *Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas* pareciera que nada tiene lógica. Sin embargo, en esta obra hay una alianza lúdica con el lenguaje que le da a Carroll el lugar, junto a Edward Lear, de maestro del *nonsense*. ¿Y a qué se llama así? Suele utilizárselo como sinónimo de “disparate”. En el *nonsense* se construyen mundos planificados y basados en la lógica, pero se trata de leyes propias que provocan una arbitrariedad invertida y absurda. Algunas de sus reglas son: inversión de leyes científicas, invención de sus propios animales y plantas, y transformación de cuerpos en poco tiempo. Además hay una serie de recursos que suelen aparecer: juegos de palabras, enumeraciones y juegos con números, onomatopeyas, hipérboles (ponderaciones exageradas), verdades de Perogrullo (frases que afirman un hecho por demás evidente) y palabra-valija o *portmanteau* (unión de palabras conocidas en una forma diferente para generar un significado nuevo).

Por otra parte, pareciera que en el mundo subterráneo de Alicia todo es fantasía. No obstante, muchos de los personajes de esta historia están inspirados en los personajes y objetos que rodeaban al autor en Christ Church. Los morillos de bronce que protegen del fuego en las chimeneas del comedor poseen unos cuellos alargados, semejantes al estirado cuello de Alicia luego de comer el pastel. Dodgson solía observar por la ventana de la biblioteca a Dinah, el gato de las hermanas Liddell, quien se convierte en el Gato de Cheshire, aunque en la novela aquel nombre lo recibe la gata de la protagonista. Los animales que caen en el mar de lágrimas aluden a los amigos del autor: el Pato (Duck) es el reverendo Duckworth, el Loro (Lory) es Lorina Liddell, el Aguilucho (Eaglet) es Edith Liddell y el Dodo es el propio Dodgson, quien muchas veces tartamudeaba y pronunciaba “Do-do-dodgson”.

No hay dudas de que a Carroll le gustaba jugar con el lenguaje pero también observarlo con detenimiento. Este interés llevó a Borges a afirmar que el verdadero protagonista de las novelas de Alicia es el lenguaje.

Alicia en el País de las maravillas

Lewis Carroll
Versión de Beatriz Actis

I. Por la madriguera del Conejo

Alicia comenzaba a cansarse de estar sentada a orillas del río cuando pensó que podía recoger margaritas y trenzar una guirnalda. Sin embargo, la sola idea le dio pereza porque hacía demasiado calor.

También se le ocurrió leer junto a su hermana, pero en el libro que ella tenía sobre la falda no había diálogos ni dibujos que le llamaran la atención. Entonces, simplemente mantuvo la mirada fija en el campo, en medio de la tarde soleada.

En ese mismo momento, un Conejo Blanco con ojos rosados pasó corriendo a su lado y logró despabilarla. Aquel animal en el campo, cerca del río, no tenía por qué llamar tanto la atención de Alicia.

Pero lo que tenía de particular era que el Conejo llevaba un reloj colgando del bolsillo del chaleco y se quejaba, mientras consultaba la hora:

—Caramba, caramba, qué tarde voy a llegar...

La curiosidad pudo más que la modorra de la siesta y Alicia se levantó para correr detrás del apuradísimo Conejo.

Al lado de un cerco había una madriguera y el animal se escabulló por ahí. Casi sin darse cuenta, Alicia también cayó en el pozo.

A medida que caía se daba cuenta de que era muy, muy profundo, o bien, de que estaba descendiendo muy, muy despacio hacia las profundidades.

—Estaré por llegar al centro de la Tierra —pensó Alicia, mientras allá abajo no había ninguna señal del Conejo y, en verdad, nada se veía.

Sí se veían a los costados las paredes del túnel, que estaban cubiertas por estantes con libros, cuadros, mapas. Alicia tuvo tiempo de tomar de una repisa un frasco de mermelada de naranja, ¡pero estaba vacío!

Mientras seguía cayendo, dejó el frasco en otro estante. En tanto, pensaba:

—¿Cuántos kilómetros habré bajado? ¿Y si termino en Australia o en Nueva Zelanda? ¿A qué latitud y a qué longitud habré llegado? (No tenía la menor idea de qué era aquello, pero le encantaba pensar en esas raras palabras que había leído en alguna enciclopedia).

A todo esto, mientras en su cabeza surgían los nombres de lejanos lugares del mundo adonde podría estar llegando a través del túnel, Alicia seguía cayendo y cayendo...

Se sentía adormecida, casi al borde del sueño. Recordó entonces a su gata Dinah:

—¿Quién le dará su plato de leche? Quisiera que Dinah estuviera acá, conmigo, ahora. No hay ratones en el aire, aunque sí murciélagos. ¿Los gatos cazarán murciélagos?

En todas esas cosas (y en muchas otras más) pensaba Alicia mientras caía.

De pronto, ¡pum!, Alicia fue a dar con bastante ruido sobre un montón de ramas y hojas secas, aunque por suerte no se hizo ningún daño. Al fin la caída había terminado. Se puso de pie dando un saltito.

Miró hacia arriba y vio que todo estaba muy oscuro. Miró hacia adelante y vio un largo pasillo. Miró hacia el fondo del pasillo ¡y vio al mismísimo Conejo Blanco que se alejaba, caminando veloz! Alicia lo siguió porque esta vez no iba a escapársele.

El Conejo dobló en una curva, mientras protestaba:

—¡Por mis orejas y mis bigotes, qué tarde se me está haciendo!

Alicia lo persiguió, pero al doblar, el Conejo había desaparecido.

Estaba sola otra vez, en medio de una sala enorme con una hilera de lámparas que colgaban del techo. En el lugar

había muchísimas puertas. Alicia trató de abrirlas una por una para poder salir, pero todas estaban cerradas con llave.

De golpe se dio vuelta y encontró, en el centro de la sala, una mesa de cristal con tres patas. Sobre ella estaba apoyada una llave de oro chiquita. Alicia probó la llave en cada puerta. ¡A veces las cerraduras eran demasiado grandes y otras veces, la llave era demasiado pequeña!

Sin embargo, en un segundo intento, descubrió una puerta chiquitísima detrás de una cortina. Tenía menos de medio metro de altura y en su cerradura sí entró la llavecita de oro.

El problema era que la abertura conducía a un pasadizo muy estrecho, como la cueva de un ratón. Alicia se arrodilló y espionó a través de él. Vio el jardín más maravilloso, lleno de flores de todos los colores y de fuentes de aguas saltarinas.

Quiso entrar al jardín pero su cabeza ni siquiera pasaba por la abertura.

—¡Ay! —dijo Alicia—, ¡cómo me gustaría poder achicarme como un telescopio!

Volvió al centro de la sala y se fijó sobre la mesa si no había algún manual de instrucciones con un título de este tipo: “Cómo encoger pronto para cumplir alguna clase de propósito como, por ejemplo, conocer bellos jardines secretos”, pero no encontró ninguno.